

JUAN Marichal es un ilustre tinerfeño e hispanista de primerísimo orden. Desde hace veinte años enseña en la prestigiosa Universidad norteamericana de Harvard, en la que imparte cursos de literatura e historia intelectual de los pueblos de lengua española. El mismo se ha definido con justeza "español de ultramar". Lo es por una doble y convergente razón: por exiliado y residente en América y por su condición de canario. Condición esta última que Marichal ha subrayado mucho como, por ejemplo, en el prólogo a su libro "La voluntad de estilo", al resaltar la íntima relación mutua entre España y la América Latina: "He de indicar —escriba Marichal— que esta actitud es 'natural', diría, en todos los que hemos nacido en la España insular atlántica: los canarios estamos en el ultramar de la lengua castellana y nos son muy afines los modos humanos de muchos pueblos de América Latina".

Por todo lo que antecede me han extrañado mucho los elogios sin reparos que Marichal ha prodigado al libro "Naturaleza y cultura de las islas Canarias", que ha sacado estos días pasados una segunda edición con prólogo del propio Marichal. Me han extrañado mucho el prólogo y los elogios a un libro que se mueve en una órbita ideológica y de planteamientos muy distantes de los sustentados repetidamente por Marichal. "Naturaleza y cultura de las islas Canarias" —lo dije ya en esta revista TRUNFO, con ocasión de su primera edición, sin perjuicio de reconocer en el libro un interesante empeño editorial— adolece de "indigenismo", de una desproporcionada atención al pasado prehistórico, al dedicarle mucho más espacio a la etnología de los guanches que a la singladura hispánica de las islas, con episodios tan relevantes como la acción de los isleños en América, nuestra espléndida ilustración dieciochesca o la valiosa aportación de los mejores hombres canarios a los movimientos más progresistas en España durante los siglos XIX y XX. Aportaciones canarias con las que justamente Marichal ha demostrado desde siempre sentirse muy identificado, por cuanto ha insistido en la vocación hispánica canaria y propugnado la irradiación de las islas tanto hacia la Península como hacia Iberoamérica. Canarias, lugar de encuentro entre España y la América Latina, ha sido una de las propuestas más lúcidas de Marichal.

Ante las contradicciones entre prólogo y libro prologado, presumo que los editores han buscado un prologuista muy prestigioso como Marichal para una mejor promoción del libro. Y, a su vez, Marichal ha accedido por puro sentimentalismo afectivo a su terruño natal, del que guarda una visión idealizada de su niñez, pues pronto marchó a la Península y de aquí al exilio americano. Pero vayamos al contenido del prólogo —por cierto muy breve—, pues la categoría intelectual de Marichal y su influencia en las islas bien merecen unas acotaciones.

El comienzo del prólogo de Marichal es muy prometedor: "Desde hace cinco siglos, al iniciarse la Edad Atlántica de la Historia Universal, las islas Canarias han sido tierras de cruce y convivencia de muy diversos grupos humanos". Es una irrefutable realidad histórica, que

hemos de asumir los canarios si no queremos obtener de raíz nuestro futuro, el mañana esperanzado de Canarias. Desde esta perspectiva, una desproporcionada atención al pasado prehistórico del archipiélago ha llevado a algunas minorías radicalizadas a unilateralidades pseudoafricanistas o indigenistas. Y no me refiero al nivel de la política, sino al de una estricta dinámica sociocultural en el interior de las islas mismas. Mi punto de vista es claro: el canario actual es el resultado histórico de una serie de pueblos que han pasado por las islas, y toda parcialidad en su valoración supone una mutilación irresponsable de tan vasta he-

SOBRE LA NUEVA CONCIENCIA CANARIA

PEDRO FERNAUD

rencia (que incluye, por supuesto, el ingrediente guanche).

Pero en seguida, tras su inicial y verídica proclama, Marichal nos espeta: "Es más, las islas habían sido verdaderamente afortunadas por el equilibrio —en su geografía humana— de la vida portuaria (asimiladora de todas las corrientes nuevas de la Historia) y de la vida intraisleña, asentada en creencias y costumbres tradicionales". Yo, la verdad, me siento mal cuando oigo hablar de que las islas son —o han sido en algún bucólico e irreal pretérito— "afortunadas", porque detecto una difusa mezcla de narcisismo y masoquismo que me repele. A pesar de la estúpida propaganda turística y de la ingenua proclamación del profesor Marichal, la existencia del hombre y la mujer canarios se ha desarrollado desde siempre dentro de unas condiciones de vida muy distantes de ser afortunadas.

Lo curioso es que Marichal conceptualiza y fija como polos de equilibrio (lo portuario y lo intraisleño) una dinámica sociológica de desequilibrio crónico e institucionalizado en contra del campesino canario, que estos últimos años ha venido nutriendo el proletariado desesperado que cerca las abarrotadas capitales de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife. Incluso pienso que estos dos conceptos que acuña Marichal pueden ser útiles (pero vueltos del revés) para una interpretación absolutamente opuesta a la suya del acontecer sociohistórico de Canarias en los últimos siglos. En la injusta estructuración socioeconómica que desde siempre ha prevalecido en Canarias, las clases populares —las "portuarias" y las "intraislares", por usar la terminología de Marichal— nunca contaron para nada, sino para la masiva emigración cuando se producía la crisis económica de turno.

Pienso que los conceptos de "portuario" e "intraislares" de Marichal se vacían de contenido si no se les sitúa en su exacta perspectiva dentro de las estructuras de dominación de la oligarquía sobre el resto de la población. La burguesía insular ha usado siempre su poder económico en beneficio exclusivo suyo al servicio de los capitales exteriores. En Canarias ha habido siempre una especie de pacto tácito mutuamente beneficioso entre las clases dominantes y la pequeña y la mediana burguesía agrícola y comercial. De esta manera, la oligarquía podía contar con la imprescindible base política que actuara como articulación local del mecanismo de dependencia del exterior. A la pequeña burguesía se la contentaba desde Bravo Murillo con los puertos francos (¿serán éstos los valores portuarios a que se refiere Marichal?), que permitían un nivel de consumo barato. Al fondo, las clases populares —¿serán éstas las portadoras de los valores intraislares en la terminología de Marichal?— han estado siempre marginadas del protagonismo social y político en proporciones sólo comparables con las regiones más atrasadas de España.

Achaca Marichal los desequilibrios actuales del archipiélago "a la creciente transformación de las islas en tierras de monocultivo turístico", y desde una perspectiva ingenua califica al turismo de "poderoso factor adverso al tradicional temple intraisleño: hasta cuando —añade Marichal— fomenta el incremento de actividades folklóricas y tradiciones culinarias". Deja intacto el tema decisivo y determinante del proceso de apropiación del suelo canario por los capitales exteriores. El maridaje espúreo entre éstos y las oligarquías locales funcionó mientras los capitales exteriores —peninsulares y extranjeros— se conformaron con controlar los escalones externos —transportes, mercados exteriores— de la economía canaria y dejaban de buen grado el espacio insular a los nativos. Esto se acabó en la década de los sesenta con el "boom" turístico y la consiguiente especulación inmobiliaria. Los "tycoons" internacionales se abalanzaron sobre el espacio insular hasta entonces reservado a las clases dominantes canarias, a las que desplazaron sin miramientos.

En su prólogo, Marichal aventura que "Naturaleza y cultura de las islas Canarias" contribuirá decisivamente a establecer un nuevo género de equilibrio entre lo "portuario" y lo "intraisleño: a hacer, en suma, la nueva conciencia canaria". "Una conciencia —añade— fundada en el conocimiento del legado geográfico y humano de las islas, pero finalmente orientada a realizar una cultura de alcance transinsular". No veo cómo el libro que prologa —que, desde luego, no se hace ni cuestión de "lo portuario" y lo "intraisleño"— puede cumplir tan ambicioso empeño. La nueva conciencia canaria ha de emerger de una superación radical del narcisismo que anega las islas y que les impide atenerse a los datos estrictos de nuestra peligrosa realidad presente, sin mecánicas recaídas en fórmulas que ya no son aplicables a nuestra conflictiva realidad social. Claro está que los esquemas mentales y emocionales arcaicos son siempre más resistentes que los fluidos hechos de la Historia. ■